

LECTIO DIVINA, DOMINGO XXXIV

CICLO B, (Jn 18,33b-37) – CRISTO REY

P. Juan José Bartolomé, sdb



Este domingo nos unimos en adoración ante nuestro Rey. La celebración de la fiesta de Cristo, Rey del universo, concluye el año litúrgico. En su persona, se nos manifiesta el inmenso amor de Dios Padre, quien nos pide que creamos en su Hijo, para seguir instaurando su Reino en nuestro mundo.

El evangelio de Juan nos comparte el diálogo que tuvo Jesús con Pilato en el pretorio de Jerusalén. Éste se dio en el plano histórico, que nos hace conocer el castigo que se imponía a quienes pretendieran decirse reyes, grave delito de sedición y en el plano real; en la lógica de Juan, Jesús es rey, no según las leyes de este mundo ni las expectativas de su pueblo. Confesó su realeza afrontando la muerte en cruz. Reina en la cruz y desde ella para siempre.

Seguimiento:

33. Dijo Pilato a Jesús: En aquel tiempo, dijo: «¿Eres tú el rey de los judíos?»

34. Jesús le contestó: «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?»

35. Pilato replicó: «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?»

36. Jesús le contestó: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí.»

37. Pilato le dijo: «Conque, ¿tú eres rey?» Jesús le contestó: «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en cómo lo dice

El profeta Daniel, en su visión apocalíptica, dijo: “Vi en una visión nocturna venir a un Hijo de hombre sobre las nubes del cielo, y a Él se le dio el poder, honor y reino. Y todos los pueblos, naciones y lenguas le servían. Su poder es eterno, no cesará; su reino no acabará” (Dn 7, 13 -28).

El relato joánico de la Pasión coincide básicamente con el de los sinópticos; debiendo contar los mismos sucesos en su desarrollo cronológico (arresto, proceso, crucifixión, sepultura, hallazgo de la tumba vacía y apariciones) y con idénticos personajes (Pedro, Judas, Caifás, Pilatos, mujeres, José de Arimatea), no había mucha posibilidad de introducir notables cambios.

La primera sección del relato (Jn 18,1-27) narra el arresto de Jesús en el huerto (18,1-12) y su juicio ante las autoridades judías (Jn 18,13-27); la figura de Pedro, con sus negaciones, juega, en contraste con Jesús, un papel importante (Jn 18,10-11.15-18.25-27).

La segunda sección narra el juicio de Jesús ante el procurador romano (Jn 18,28-19,16): El largo interrogatorio destaca su realeza (Jn 18,33.36.37.39; 19,3.12.14.15.19.21).

Pilato proclamó a Jesús rey y su dignidad mesiánica fue la causa de su muerte (Jn 19,19). El diálogo define a los actores: El

procurador romano de Judea se mostró justo con el acusado; quería conocer la causa del enjuiciamiento (Jn 18,29).

El primer interrogatorio de Jesús transcurre dentro del pretorio, en privado, algo insólito en un proceso oficial. Pilato, siguiendo la praxis judicial romana, preguntó cuál era la acusación.

Las preguntas y respuestas se sucedieron: ¿eres tú el rey de los judíos? (Jn 18,33; 18,39; 19,3.14.15).

Jesús respondió con una pregunta a Pilato, dándole oportunidad, antes de responderle (Jn 18,34). Al contestar con cierta indiferencia y desprecio (Jn 18,35), Pilato reconoció que no tenía motivos para proceder en su contra y descargó la responsabilidad en los jefes y el pueblo de Israel, quienes fueron quienes lo entregaron (Jn 18,35).

Jesús afirmó su reinado, sin utilizar el título de rey (Jn 18,33); tres veces usó la expresión: ‘mi reino’, y aclaró que no era como los de este mundo, apoyados en el poder y en la violencia.

Pilato no captó la intención que tenía Jesús y le preguntó de nuevo: ¿tú eres rey? Jesús respondió: ‘tú lo estás diciendo, soy rey’. Era evidente la ironía de Pilato, quien le hizo la pregunta, pero no creyendo lo que esta afirmación implicaba (Jn 18,37).

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

El Evangelio nos presenta al Jesús “terreno”, al Jesús histórico, que comparece ante Pilato poco antes de ser condenado a muerte y colgado sobre la cruz. Aparece el Cristo Hombre en toda su majestad y grandeza, como prefigurando ya su divinidad: “Tú lo dices -responde a Pilato-: Soy Rey. Para esto he nacido y para esto he venido al mundo” Para ser Rey.

- **¿Quién es Jesús para nosotros? Cantamos reconociéndolo como Rey, ¿pero es verdad lo que decimos? ¿Nuestra vida y lo que ella es ante los demás es prueba de que lo reconocemos ‘¿REY’, nuestro REY?**

Cuando Jesús predicaba en Galilea lo quisieron proclamar rey; pero Él rehusó ser reconocido como tal y huyó de quienes lo querían hacer su soberano (Jn 6,15). Murió bajo la acusación de haberse dicho rey de los judíos (Jn 19,19-21).

Él reivindicó esa dignidad durante un proceso, aun cuando sus amigos lo habían abandonado, mientras le escarnecían los enemigos y las autoridades lo condenaron a muerte. Experimentando la debilidad más extrema, y el momento de mayor soledad, Jesús se sabe y se confiesa rey con dignidad y firmeza.

- **¿Qué nos enseña Jesús? Su actitud es valiente; no se echa para atrás, al escuchar la pregunta de Pilato: ¿Eres acaso el Rey de los judíos? ¡Cuántas de nosotros nos cuesta reconocernos bautizados ante los demás; nos falta valor para identificarnos como miembros de la comunidad cristiana! ¿Por qué nos cuesta ser y decirnos cristianos?**

No falta quien se sirve de un puesto en la comunidad cristiana procurando beneficios personales. Cuántos no vivimos como discípulos de Cristo. Nos falta ser coherentes con la fe que proclamamos, pero no somos conscientes qué significa hacer presente el Reino de Dios.

- **¡Cuántas veces; proclamamos el señorío de Jesús pero queremos servirnos del prestigio que nos da estar dentro de un grupo apostólico! Preguntémonos: ¿Mi vida invita a quienes tengo cerca a vivir con Cristo y a hacer vida su Evangelio, comprometiéndonos en la extensión de su Reino?**

Éste no es un reino terreno; es un reino de amor, de justicia, de gracia y de paz; un reino que está muy por encima de las ambiciones humanas. Un reino que es para los pobres, los mansos, los que sufren, los misericordiosos, los humildes, los pacíficos, los perseguidos... Un reino que se alcanzará plenamente en la otra vida, pero que se inicia en el aquí y el ahora.

- **No basta con cantar y proclamar que Cristo es nuestro rey. Hay que confesar con la misma fuerza e idéntico entusiasmo que su Reino y su poder no se ejerce con la violencia, la imposición, la injusticia, el desamor.**

Sólo una comunidad cristiana que renuncie a privilegios sociales y posiciones de fuerza es fiable cuando afirma que es súbdita de Cristo Rey. Si los cristianos servimos en nuestra comunidad, seremos de Cristo y nos uniremos a los miles y miles de creyentes que han entendido que la fe se hace real con las obras.

Jesús es Rey. Fue rey desde la cruz, perdonando: – Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen. Cuando el buen ladrón lo confesó como Rey, le prometió tenerlo con Él para siempre.

Cristo Rey se despojó de todo lo que podía desdecir de su reinado. Hoy cantamos, proclamamos, agradecemos su reinado, su señorío; fue Rey entregando su vida por todos nosotros.

- **Su destino ha de ser el nuestro, para que podamos compartir su triunfo. Si celebramos su Reino, tenemos que estar conscientes de que Cristo fue Rey en la debilidad y en el sufrimiento. Lejos de nosotros sentir nostalgia por lo que hemos dejado en cuestión material, sino por el contrario, vivamos cristianamente las situaciones en las que nos toque sufrir la cruz y sus consecuencias. La comunidad cristiana tiene que testimoniar cómo se vive el Reino de Dios y cuáles son sus exigencias.**

El Reino de Cristo será un reinado de amor, de perdón, de santidad, de paz y Él mismo aseguró que quienes vivan esos valores lo ganarán. Jesús aseguró a los suyos hacerlos partícipes de su Reino con estas palabras: “Vengan, benditos de mi Padre, vengan al reino que les está preparado desde la creación del mundo”.

La Biblia entera, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, proclama continuamente al Mesías como Rey de todas las cosas. La Iglesia ha instituido la Fiesta de Jesucristo Rey para recordar a todos los pueblos que tienen un Soberano con autoridad suprema sobre todas las naciones. Dice felizmente el himno de la fiesta de los Santos Inocentes: ‘No quita los reinos de la tierra el que a todos da el Reino de los Cielos’.

Jesucristo es Rey para salvar. Su lucha es contra Satanás, para arrebatárle su imperio y arrancar de sus garras a quienes él quiere llevar a la perdición. Su fin es la salvación de todos y de todo. ¡Viva Cristo Rey!

III: ORAMOS nuestra vida desde este texto.



¡AMÉN!

Cristo Jesús: Hoy más que nunca necesitamos ser testigos de tu Reino. Que, viéndonos, crean en el amor sin gratificación inmediata.

Danos la fuerza para trabajar siendo más hermanos, sin esperar recompensa alguna que no sea la de hacerte presente en nuestros ambientes.

Que nos distingamos por ser servidores, que no anhelemos el poder para estar por encima de los demás, sino que nos comprometamos con quienes sufren toda clase de injusticias y nos empeñemos en construir una nueva sociedad, a favor del amor.